

## La sombra de la diosa

*... Tal vez deberíamos preguntarnos sobre cómo es posible  
que lo inmortal genere la ilusión de la mortalidad.*

Silo, Punta de Vacas, 4 de mayo 2004

Bellísima. Del color de la sangre. Pequeña y perfecta. Grácil y redonda. La espalda derecha, desnuda; la túnica, por pudor, no le cubre el seno; las manos en los gestos de proteger y dar. Desde siempre sonrío apenas (no podría ser de otra manera) sentada sobre el loto que, a su vez, apoya sobre un pedestal entallado en plástico negro de esos infaltables en los años 50 del siglo pasado.

La primera vez que la vi, que su presencia se impuso a mi atención, habré tenido unos doce años. Estaba en el centro de una vitrina, rodeada de objetos preciosos de plata y porcelana. Mi amiga y vecina de casa –amante del arte, la poesía y los hombres– me contó cómo le había llegado pero ahora no recuerdo bien. Creo que era un regalo de alguien a quien ella había querido mucho. Cada vez que –para desesperación de mi madre– subía a su casa a tomar el té y charlar, me acercaba a la vitrina y me quedaba mirándola. Y cuando finalmente decidí irme de Argentina, Esther quiso que se fuera conmigo. En recuerdo de una amistad especial, dijo. Fue un gran honor y una gran emoción. Pocos regalos me han dado tanto placer.

Llegó a Italia en una vieja valija de cuero, junto con un poco de ropa, la máquina de escribir portátil y los diccionarios. Desde entonces fue siempre el centro manifiesto de los lugares que hemos habitado.

No fui la única que se enamoró de ella.

Poco antes de regalármela, Esther se la había confiado a un restaurador para que le reconstruyera la nariz astillada. Pero el suyo se demostró un amor mezquino: luego de reintegrarle la gracia, aprovechó de ella, la copió y la vendió. Así hoy en toda Buenos Aires se encuentran reproducciones, más pequeñas, en materiales de composición incierta.

Ya en Roma, Ghedun, un amigo tibetano, lama, que vino un día a cenar, se sintió inmediatamente atraído por su encanto irresistible. Se le acercó pero no la tocó. Luego, con ojos encendidos, reconoció al Buddha luminoso que habitaba el cuerpo de mujer.

Otro amigo, italiano esta vez, enloqueció por ella. La amó tanto como para arrancarle parte de un brazo, que luego la Escuela de restauro de Florencia volvió a colocar en su lugar sin dejar huella de su pasión desafortunada. Pero no contento con solo abrazarla, Claudio quiso también gustar su belleza. Así, tal vez movido por la culpa, una noche celebró junto con nosotros la comunión de sus formas al chocolate.

Y Daniel, en un intento desesperado de salvar su sinuosidad del tiempo, la hizo renacer en bronce con la antigua técnica sumera de fundición en arena.

Pasaron los años. Ella sigue sentada, paciente y contenta, en el estante central de la biblioteca en el living de esta última casa. Las cosas que nos acompañan fieles, en silencio, discretas – se sabe– después de un tiempo ya no las vemos más, están ahí, creemos que son nuestras.

Pero ayer, a la hora en que el sol comienza a enrojecer y entra oblicuo por la ventana, levanté los ojos y vi, por primera vez, su sombra. La línea de su perfil delicado y bellissimo, prodigando la eterna oferta a quien quiera recibirla.

El sol cambió rápidamente angulación; la sombra, efímera, se disolvió casi sin que me diera cuenta ... El respiro se cortó en el instante de la íntima comprensión. ¡Sé quien soy!, me dije. Me explotó el alma y, por un momento, llenó por dentro el espacio infinito.

La sombra se ha ido. La diosa queda; la mirada suave del amor por lo existente, la sonrisa de la compasión.

Monica Brocco, Attigliano, 1.5.2015  
monica.brocco@gmail.com

